

pueblo judío de ser una raza privilegiada y aunque también ha sufrido mestizaje durante su lento recorrido, sigue hasta la fecha, y como regla, con la costumbre de los matrimonios interraciales. En la España del siglo XV la tesis judía racista creó una antítesis racista de las mismas proporciones entre la población de cristianos viejos y nuevos. Américo Castro indagó este fenómeno durante sus 20 años de estudio en la biblioteca europeo-oriental de la Universidad de Princeton, y lo consignó en *La realidad histórica de España* (1954):

"El Estado-Iglesia fue una creación que brotó del ánimo de quienes vinieron a encontrarse en una posición ventajosa para dar suelta a lo que llevaban dentro de sí desde hacía mucho tiempo; fue una conquista casi revolucionaria, realizada por masas resentidas y por conversos y descendientes de conversos ansiosos de olvidar que lo eran. Los moldes de lo que había sido vida judíaica se henchían de contenidos y propósitos antijudaicos, con una furia proporcional al deseo de alejarse de sus orígenes. Siglos de tradición, tanto islámica como judíaica, habían afectado al espíritu de la casta ahora al frente de un imperio. El establecimiento de la Inquisición es solidario del mesianismo que florece selváticamente entre los siglos XV y XVI, junto con el arrebato místico-sensual de los alumbrados, cuyos enlaces islámicos ha puesto Asín Palacios fuera de toda duda.

"No es, por consiguiente, una paradoja, sino una realidad elemental, mi idea de que la sociedad española iba fanatizando su cristianismo a medida que desaparecían y se iban cristianizando los judíos. El catolicismo español del siglo XVI, totalitario y estatal, no se parece al de la Edad Media, ni al de Europa, ni siquiera al de la Roma pontificia, la cual no tuvo escrúpulo en dar asilo a muchos judíos expulsados de España. Tengamos también muy presente que, todavía en 1491, Fernando el Católico protegía a los judíos de Zamora contra las prédicas de los dominicos, confiaba a hebreos la administración de la Santa Hermandad, los utilizaba como embajadores, etc. El final del siglo XV experimentó un muy intenso trasnitorio, que hizo imposible lo antes usual. La infiltración de los conversos en la sociedad cristiana dio origen a fenómenos que han hallado paralelo en la historia de nuestros días, cuando muchos extremistas de la "derecha" o de la "izquierda" trocaron sus papeles de la noche a la mañana, con lo cual, los antes perseguidos, aparecieron súbitamente convertidos en verdugos. (...)

"Según es sabido, fue y es frecuente entre pueblos primitivos asignar valor mágico y espiritual a la sangre. Mas el pueblo hebreo sintió en forma exaltada la comunidad de su sangre "espiritual": "Porque tú eres pueblo santo a Yahvé tu Dios, Yahvé tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra", (Deuteronomio, 7:6). "Tú los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad. En el lugar de tu morada que Tú has aparejado, oh Yahvé", (Exodo, 15:17). De ahí arranca —o eso expresa— el sentimiento de existir como una casta santa y cerrada. Los textos alegados, y los que aduzco después, son muy accesibles; pero como no se

mencionan al tratar del sentimiento de cristiandad vieja y de hidalgüía entre españoles, había que traerlos a cuenta. Si desde fines del siglo XV los españoles consideraban nefando mezclarse con hispano-hebreos y con hispano-moriscos, eso significaba que habían asimilado plenamente la creencia hebrea a causa de la cual los judíos se habían mantenido como casta aparte. Clama Esdras en el libro que lleva su nombre: «El pueblo de Israel y los sacerdotes y levitas no se han apartado de los pueblos de las tierras de los cananeos, heteos [etc.] ..., haciendo conforme a sus abominaciones. Porque han tomado sus hijas para sí y para sus hijos, y la simiente santa ha sido mezclada con los pueblos de las tierras [impuras]; y la mano de los príncipes y de los gobernadores ha sido la primera en esta prevaricación» (Esdras, 9:1-2)."

Los judíos, debido a sus creencias de superioridad, han tratado de mantener a su "simiente santa" alejada de las "tierras impuras", con lo cual, deseándolo o no, han rebajado, reducido o deshonrado a todos los no-judíos que se han encontrado a su paso. La reacción que tal actitud ha provocado, ha sido siempre la misma en el devenir histórico. Hitler, que supuestamente tuvo un abuelo paterno judío llamado Frankenbergen, en *Mi lucha* parece haber querido revivir los estatutos inquisitoriales sobre la limpieza de sangre, al decir que la sangre judía tenía una influencia corrupta y debilitante; que los judíos eran un bacilo que envenenaba a la raza humana y ponía en peligro su futuro, y que en particular la sangre judía estaba emponzoñando a la alemana. Según parece, estaba declamando el pasaje del Esdras desde el ángulo antítetico. Ante el racismo judío se inventó el racismo ario, ante el mesianismo israelita se creó el mesianismo alemán. Es una ley física la de que todo movimiento crea una reacción igual y opuesta. En sus declaraciones públicas, en ocasiones insinuaba Hitler que obedecía órdenes de una misión especial de Dios, y sus allegados reconocían su creencia en el asunto. Otro rasgo paranoico del líder alemán lo constituyeron sus apariciones auditivas. Veamos la cita de Colín Cross:

"No importa lo que se inicie, si una idea no ha madurado no se podrá realizar. Estoy convencido de ello, como artista y como estadista; sólo se puede tener paciencia, esperar e intentar de nuevo. En el subconsciente el trabajo prosigue madurando y a veces perece. Hasta que no tenga la convicción incorruptible interior: **Esta es la solución**, no hago nada, aunque todo el partido me induzca a la acción; no actuaré, y esperaré sin importar lo que ocurra; pero si la voz me habla, entonces sabré que es el momento de actuar."

Comenta Colin Cross en su biografía **Adolf Hitler**, que aquella voz interior fue la causa de la segunda guerra mundial, de su propia ruina y del desastre de Alemania y Europa.

Es para reflexionar el que las voces que escuchan los iluminados y los profetas suelen estar íntimamente relacionadas con su masoquismo psíquico. Los delirios de grandeza de Moisés y de Hitler condujeron a sus respectivos pueblos a la persecución real y no a la alucinante.

En el capítulo **Problemas y períodos de la historia española**, de su obra citada, al hablar de la desintegración del sistema de castas y sus consecuencias en España, Castro menciona la obra **Chébel Yehuda** de Salomón Ben Verga, escrita después de la expulsión de los judíos de España, en 1492, y en donde el escritor sefaradí analiza las provocaciones masoquistas que condujeron a su pueblo al destierro:

"Nunca he conocido a un hombre inteligente que haya verdaderamente odiado a los judíos. Estos solamente son odiados por las masas y las clases populares, justificándose por el hecho de que el judío es orgulloso y arrogante y siempre desea acaudillar, sin comprender que su pueblo está compuesto de pobres exiliados y esclavos que pululan rechazados de un lugar a otro, a pesar de sus esfuerzos por aparentar ser señores y gobernadores, razón por la cual la gente común los odia."

Algunos judíos llegaron a ser grandes de Castilla, concitando el odio de castellanos que quizá tenían las mismas pretensiones de dominio en su propia patria. Prosigue Ben Verga:

"Existen tres tipos de envidia principales: de religión, de mujeres y de riquezas, e Israel tenía de los tres tipos, como cualquiera, mas por su contacto constante con la gente, los sefardíes empezaron a fijarse en las doncellas gentiles (...) los judíos se introdujeron (también) en las profesiones y en los negocios de los cristianos."



No se sabe si fue debido a las proclividades promiscuas de los varones judíos, o a la propia experiencia familiar de Hitler, que las leyes de Nuremberg establecieron que los matrimonios o el intercurso sexual entre arios y judíos constituyan una ofensa criminal al germanismo. Más bien me inclino a creer en la antitesis racista, frente a la tesis judía de la pureza de la sangre, aunque el apéndice a la ley, prohibiendo que ninguna mujer aria menor de 45 años fuera empleada o sirvienta de una casa judía, puede haberse debido a razones personales por el hecho de que la abuela de Hitler trabajó como criada en la casa de los Frankenbergen.

En cuanto a la influencia profesional y financiera de los judíos en la Alemania pre-hitleriana, además de que estaban en su perfecto derecho, nadie la puede dudar. La memoria del financiero Stinnes todavía era reciente. En relación con esto, cabe referir a la última consecuencia política de la conducta megalómana de todo paranoido: el dominio mundial. Rocker en **Nacionalismo y Cultura** (1942), fue insistente en este punto:

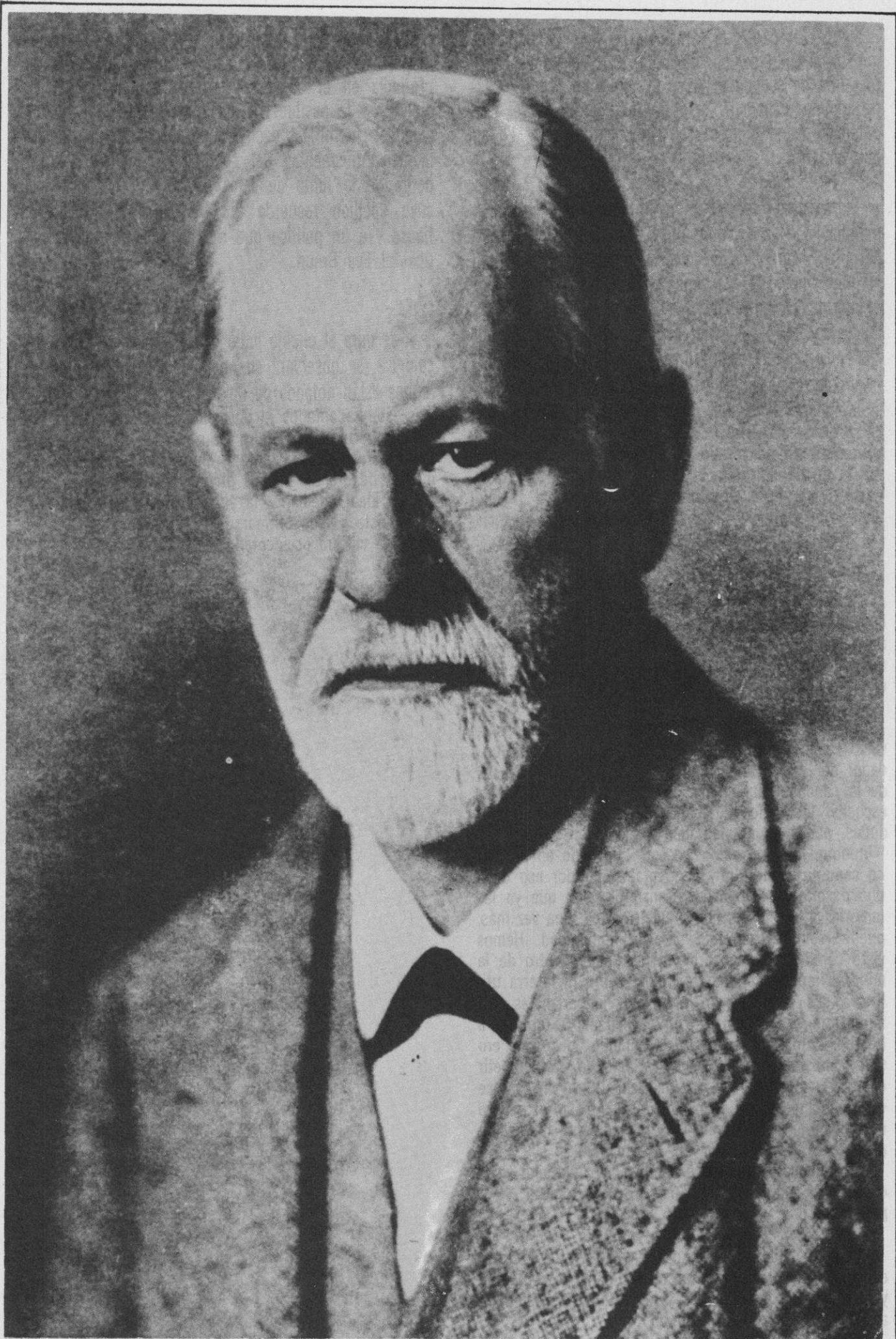
"La voluntad de poder, que parte siempre de individuos o de pequeñas minorías de la sociedad, es en general una de las fuerzas motrices más importantes de la historia, muy poco valorada hasta aquí en su alcance, aunque a menudo tuvo una influencia decisiva en la formación de la vida económica y social entera."

Américo Castro, en su obra citada, al hablar del papel de los mudéjares en relación con las otras dos castas, declaró:

"El judío sirvió como intermediario entre el moro y el cristiano en muchos sentidos, y a través de él el castellano de la casta dominante se hizo dueño de sus tierras, conquistador del moro y eventualmente ejecutor de las profecías hispano-hebreas de dominación imperial del mundo (...) Sin estos judíos castellanos y los conversos del siglo XV, es imposible explicar tanto la larga y complicada empresa de la reconquista, como la aspiración de extender el imperio español a tierras remotas y desconocidas."

A nadie escapa la grandeza imperial que adquirió Inglaterra con la compra de la mayoría de las acciones del Canal de Suez, llave que fue de acceso a la India, de cuyos territorios fue emperatriz la reina Victoria durante el mandato de Disraeli, quien llegó a ser primer ministro a pesar de su origen judío.

La idea imperial de la Alemania nacional-socialista se desarrolló de la misma forma, mas como en el caso de España, de manera antitética. En el famoso discurso de Enero de 1932 que Hitler dirigió a los miembros del Club de Industriales en Dusseldorf, habló de la ley del más fuerte, citando como ejemplos la conquista de la India por Inglaterra y las hazañas de Cortés y Pizarro en América.



Sigmund Freud, que para mí es el líder más sensato que ha surgido del pueblo judío, trató de convencer a su gente de sacudirse de su masoquismo psíquico disfrazado de megalomanía, declarando que tanto el monoteísmo como Moisés eran de origen egipcio. En su obra enfatizó:

"Admitiendo por el momento que la hegemonía mundial de los faraones fue el motivo exterior que permitió la aparición de la idea monoteísta, se advierte al punto que ésta fue separada de su terreno original e injertada a un nuevo pueblo, del cual se apodera luego de un prolongado período de latencia, siendo custodiada por él como su tesoro más preciado y confiriéndole; a su vez, la fuerza necesaria para sobrevivir, al imponerle el orgullo de sentirse el pueblo elegido. Es precisamente la religión del protopadre la que anima las esperanzas de recompensa, distinción y, por fin, la de dominación del mundo. Esta última fantasía desiderativa, hace tiempo abandonada por el pueblo judío, aún sobrevive entre sus enemigos como creencia en la conspiración de los «Sabios de Sión»."

¿Hemos acaso reflexionado lo suficiente sobre el formidable esfuerzo intelectual de una persona al borde de la muerte, quien poseía sobradas experiencia y sabiduría para conocer los motivos conduccionales que ponían en peligro la misma existencia de su propia raza ante el eminente avance del nacional-socialismo?

Por esto son de una importancia especial las observaciones del sabio austriaco, debido a que fue el fundador de la ciencia que analiza y descubre las causas de la conducta humana, y si alguna persona debieran escuchar los judíos es a él, puesto que, sin lugar a dudas, pensó en el bien de su pueblo.

Aunque la gente actual se esté ahogando en un mar de comunicaciones intrascendentales, no por eso debe uno desmayar al tratar de transmitir algo que ya las minorías intelectuales han previsto y que, una vez más, puede resultar castrófico para la humanidad. Hemos visto cómo España absorbió a los judíos dentro de la minoría imperial, cristianizándolos; cómo Inglaterra utilizó a sus hebreos con propósitos imperialistas, sin importarle su religión, y cómo Alemania exterminó a los judíos, mas no sus ideas de dominio universal. Pero surge una interrogante: ¿Qué variante se irá a repetir en los Estados Unidos de América? De hecho parece estar tomando la variante inglesa, mas existe el peligro de degenerar hacia la alemana, aunque una desviación posible sería la adopción de la española.

El problema petrolero suscitado en 1974, tiene visos obviamente antisionistas. En el artículo **Faisal y el petróleo**, Time, Enero 6, 1975, se dice:

"Faisal odia al sionismo con pasión fría, y con frecuencia declara que a pesar de las políticas pro-árabe y anti-israelita, los sionistas y los comunistas están de acuerdo en controlar al mundo."

Mas lo que más preocupa ahora a las aristocracias intelectuales, ante la realidad de una fuerte presión pro-judía en el Congreso de los Estados Unidos de América y la posible ascensión de prominentes judíos al poder, fueron las declaraciones pro-árabes e irónicamente anti-israelitas del general Jorge Brown, Presidente de la Junta de Jefes de las Fuerzas Armadas, cuyo apellido recuerda las **brown shirts**, la **brown house** y a un político que se casó a última hora con una tal Eva Braun.

Si se mira al pueblo judío desde una perspectiva psicológica, se observará su analogía con el **yo humano**. Ambos están dotados de un sentimiento de omnipotencia; están adaptados inconscientemente al rechazo; se tienen que defender contra los reproches de un **superyó** de una残酷 aterradora; y ambos tratan por diversos medios de atenuar dichos ataques del **daimon** armado del **yo ideal**, mediante la sublimación o la aceptación masoquista. Puede afirmarse que el pueblo judío es el **yo** de la cultura occidental.

# RECORDANDO A EDUARDO ZAMACOIS CON LUPE AMIAMA



Edmundo Sirio

## La más bella poesía

Cuando Eduardo Zamacois se refería a Lupe Amiama, decía que era "la más bella poesía que encontró en la vida", y quien conozca a esta maravillosa mujer que recorrió el mundo junto con el autor de *Punto negro*, sabe que es una copa de poesía pronta a desbordarse ante el dolor y la belleza, con serena majestad.

Compartí muchas horas junto a ellos; supe de la dedicación infinita de Lupe Amiama al autor de *Un hombre que se va*, libro de memorias en el cual Ojos Negros—como la bautizó Zamacois y era conocida artísticamente—pasa siempre llena de ternura, de pasión y de ensueño; del sufrimiento que le significó la desaparición física del compañero de tantos viajes, andanzas y empeños, y del desgarramiento infinito que la castigó cuando las cenizas de Eduardo Zamacois fueron llevadas a España, país de su elección y al que amó entrañablemente, pero del cual se exilió voluntariamente en 1939.

## Refugio soñador...

A un par de cuadras del famoso *Café de los Angelitos*, donde tantas tardes viví el diálogo incomparable junto a Zamacois, en la calle *Rincón*, se encuentra el soñador refugio de Lupe Amiama; allí, entre antiguos amigos y compañeros del inolvidable poeta del sentimiento, es dable encontrarse con quienes representan más autenticamente a las letras argentinas; allí, en cálida y hermosa camaradería, nombres, fechas, ciudades, acontecimientos, viajes, todo lo que la vida entregara o el tiempo se llevó, tienen afectiva recordación. Y allí, en el atardecer veraniego, veo a Lupe junto a una amiga, escuchando atentamente *Tango y Psicoanálisis*, en la voz del autor, Fredo Arias de la Canal. "Deferentemente —dice Lupe— me mandó la grabación el Director de *NORTE*, desde la tierra mexicana que tanto recorrimos Eduardo y yo..."

## Guadalupe, Patrona de México

Lupe, ¿en qué año conoció a Eduardo Zamacois?

—En 1925, en el vapor "Habana", que hacía el recorrido de Cuba a Santo Domingo, mi tierra; yo me encontraba en la patria de Martí, junto a mi padre, que por entonces era diplomático, Francisco Javier Amiama Gómez, y viajamos junto con Zamacois. Fíjate que yo tenía apenas 11 años.

¿Recuerda de aquel primer encuentro alguna impresión?

—Aun siendo una niña entonces, Zamacois fue el principio de mis sueños; me llamó desde luego con el nombre de *Princesita*, y años después, cuando fui artista por un cambio político en mi país, con el de *Ojos Negros*.

Lupe, perdón; en Santo Domingo se menciona históricamente a un prócer, Francisco Javier Amiama Gómez...

—Se trata de mi padre, Edmundo; una avenida en Santo Domingo perpetua su memoria; por aquellos años, por su tarea en la diplomacia, mi padre era muy conocido en América, y sentía por México, especialmente, gran devoción, y es por lo que me puso el nombre de Guadalupe, que es la Patrona de México.

Cuéntenos algo de su padre.

—Mi padre era, como le dije, diplomático de carrera, ingeniero agrónomo y director artístico de la ciudad de Santo Domingo, fue llamado el Julio Verne dominicano; hombre que más cantó a Santo Domingo, sufrió los vivenes de la política y también disfrutó de honores, pues una importante avenida lleva su nombre en dicha capital y una estatua perpetúa su memoria...

Edgar Allan Poe dijo que "las estatuas son los sueldos atrasados con que la humanidad paga al genio". Bueno, Lupe, después ¿qué ocurrió?

—Por el año 1928, Eduardo y yo viajamos a Cuba, México, Nueva York, Francia. Librós, conferencias, teatro, periodismo, radio, todo lo llenaba el genio de Zamacois. Llegamos finalmente a España, donde radicamos muchos años y se le consideraba novelista de primer orden; de allí que en América y en todo el mundo se decía de Zamacois "el novelista español", como hasta ahora, aunque tú sabes bien que nació en Cuba, más exactamente en Pinar del Río.

## Madrid, el asedio

En España se inició como bailarina, ¿verdad Lupe?

—Sí, la cosa ocurrió así: vivíamos en Barcelona, en una calle donde fabulosamente el sonar de las castañuelas todo lo llenaba; aquello me sedujo de inmediato; mis ocupaciones eran acompañar a Zamacois a sus conferencias y charlas; pasear y leer, porque leía muchísimo; ocurrió que entonces él me dijo que si me gustaba tanto el baile, porque no lo estudiaba. Pero de pronto, aquello se transformó en un infierno: 1936. Yo me encontraba sola, porque Eduardo estaba en Valencia; como en el hotel Regina, donde nos hospedábamos, también vivían muchos artistas, entre ellos Miguel de Molina, quien quería muchísimo a Zamacois, una tarde me encontró Miguel llorando desesperada por los acontecimientos que sucedían en España, por encontrarme sola y por no saber qué hacer. "Pues bien, me dijo, desde hoy actúas en mi compañía". Así, Miguel de Molina fue mi padrino artístico. Allí, en aquella época de lucha conocí a Jacinto Benavente, a los hermanos Quintero, al poeta Emilio Carrere, un espíritu maravilloso y de quien tengo gratísimos recuerdos, a Pedro Muñoz Seca, a quien fusilaron.

¿Zamacois participó, entonces en los acontecimientos de la guerra civil que comenzó en 1936?

—Totalmente; él había escrito un libro que se hizo repentinamente popular: *El asedio de Madrid*, por eso su nombre estaba prohibido en ciertos círculos; entonces, cuando quería comunicarse conmigo, por medio de la embajada, empleaba su segundo apellido: Quintana. Tardé casi un año en reunirme con él. ¡Qué tiempos difíciles aquellos! Sólo la guerra pudo separarnos.

## Méjico hospitalario...

Finalizada la guerra civil española, ¿Lupe...?

—Estuvimos un par de años en Cuba. Allí, Zamacois realizó una tarea agobiadora, en periódicos, teatros —llegó a representar "Don Juan Tenorio", como primer actor, obteniendo un éxito rotundo—, radio, con el triunfo grande que significó "El confesionario del amor"; mientras tanto yo actuaba en giras por el interior; creo que su éxito extraordinario molestó a algún grupo literario o artístico cubano de aquel entonces, y decidí marcharme; el lugar elegido: Méjico, país por el cual Eduardo sentía un afecto profundo. Además, olvidaba decirte que el embajador mexicano en España, cuando la derrota republicana fue total, salvó a Zamacois de que lo fusilaran.

Sí, Zamacois me contó aquello; por lo tanto sé el agradecimiento que guardaba por la tierra de Madero; en Méjico, ¿cómo fue vuestra estada?

—En Méjico nos instalamos en la calle San Juan de Letrán; el ambiente artístico nos recibió con los brazos abiertos; sabes que los mexicanos son gente muy hospitalaria. Allí, Eduardo volvió a desplegar una actividad fecunda: la revista *Todo*, el semanario *Paquita*, el diario *Excelsior*, Radio Continental, donde tenía un programa que había gustado en toda América, que se propalaba desde Cuba, aquel inolvidable "Confesionario..." que te

decía antes, y también "Memorias de un hombre de mundo". Allí, en Méjico, recibí la noticia de la muerte de mi padre, en Santo Domingo; Zamacois lo sintió mucho, pues había sincero afecto entre él y mi padre, y en mi corazón se abrió una herida que nunca ha cerrado.

Lupe, ¿usted actuó en Méjico?

—Sí, muchísimo; fue contratada por el Folies Berger y, en exclusividad, por "Minuit", un establecimiento lujoso; en Méjico estuvimos hasta fines de 1944. Yo trabajé mucho y conocí a Cantinflas, Lucha Reyes y muchos artistas más que siempre recuerdo con sumo cariño.

¿Después...?

—De pronto, un día, un funcionario de la Metro-Goldwyn-Mayer que escuchó a Zamacois por Radio Continental, descubrió que aquél tenía una voz especial para el doblaje de películas al castellano, y le ofreció un contrato muy ventajoso para trabajar en Estados Unidos, a donde poco después fui yo también, e inmediatamente firmé contrato en "El Chico", donde trabajé junto a Encarnación López, más conocida por "La Argentinita"; aquello me abrió las puertas para una actividad febril: "Zimmerman", "Cuban Casino" y otros. Fueron años maravillosos los vividos en Nueva York; Zamacois firmó contrato con la Paramount, también para el doblaje de películas al castellano; allí trabajó con el hermano de García Lorca, Antonio, exiliado en Estados Unidos. Una vez alejado de la Paramount, Zamacois trabajó en "Selecciones del Reader's Digest". En el año 1946, Eduardo recibió la penosa noticia de la muerte de su hija Gloria, en Méjico. Ello lo abatió mucho; renunció entonces a todo, y decidió nuevamente viajar.

¿Buenos Aires?

—Sí; Zamacois dice en sus memorias: "Todos los grandes dolores morales suelen desatar en nosotros un brusco y vehemente deseo de fuga. Es algo instintivo. El animal, al sentirse herido, huye de donde lohirieron. Eso me sucedió a mí. De pronto, Nueva York me pareció insopportable: sus calles, sus rascacielos, me sofocaban, y pensé en irme. ¿A Méjico?... No. ¿A Brasil?... No, más lejos. Los viajes traen olvido. Me iría a Buenos Aires." Era la tercera vez que pisaba tierra argentina.



## Buenos Aires, la ciudad de los brazos abiertos.

—Una vez llegado a Buenos Aires, Zamacois, como su particularidad, desarrolló una tarea gigantesca, en revistas, periódicos, radio y teatro, y aparte de ser corresponsal del periódico *Alerta*, de Cuba, y de la revista *Todo*, de México, trabajó en *Maribel*, *Sintonía*, *Mundo Argentino*, *Clarín*, *Aquí Está*, *Critica*, *Vosotros*.

¿Y Ud., Lupe?

—Bueno, yo embarqué en Estados Unidos un tiempo después que él, por compromisos artísticos. Apenas llegué a Buenos Aires, también trabajé, pero poco; el teatro "Avenida", "El Tronío", y giras por el interior del país; una compañera que siempre recuerdo de aquellos años, es María Antinea; también hice giras en Mar del Plata, Bahía Blanca y otras ciudades.

Lupe, Zamacois quería mucho a la Argentina, ¿verdad?

—Bien, tú lo sabes tan bien como yo; a Buenos Aires la llamó "la ciudad de los brazos abiertos"; amó mucho a esta tierra, su música, sus calles, sus cosas todas.

Entonces, ¿cómo explica que hoy sus cenizas descansen tan lejos, en España?

—Bueno, ese es mi mayor tormento; tú como pocos sabes que durante años y años cuidé de él, de su salud y su vida; que estuve a su lado por cariño, **por su deseo**, pero lo legal me impidió defender su voluntad de quedar en Argentina, como pueden dar fe caballeros como el Dr. Cuatrecasas, que lo atendió hasta su muerte. Zamacois fue traicionado en sus ideales, simplemente; por eso, en vez de descansar en esta querida tierra argentina, lo hace en España, de la cual se exilió voluntariamente en 1939. De ello, tú, como Edmundo Guibourg, Roberto Tálice, Paco Villar y tantos escritores que despidieron sus restos aquel duro enero de 1972, pueden dar fe de lo que digo; igualmente damas de jerarquía moral y artística, como Iris Marga, nobles amigas que constituyen mi solo consuelo.

Verdaderamente es así, porque muchas veces Zamacois me dijo que su deseo era permanecer en esta tierra que tanto amaba, y donde tenía sus amigos más entrañables.

—Me alegro que lo digas, Edmundo; también que **Norte** recuerde a este intelectual íntegro que fue Zamacois, es un homenaje que agradezco emocionada por el reconocimiento de toda la entrega que hizo Eduardo de su talento y su genio. Debo agradecer, además, si me lo permites, a su Director, Fredo Arias de la Canal, el precioso envío que me hizo de su magnífico disco de *Tango y Psicoanálisis*, el que conocido por mis amigos de Radio Rivadavia, se los he facilitado para su divulgación, pues considero que tan acertado y bien logrado trabajo sobre el tango argentino debe ser conocido y estimado por todo el país. Por último, Eduardo, gracias a ti por esta charla que tanto bien me hace, gracias.

# CON NERUDA Y MIGUEL HERNANDEZ



Jacinto-Luis Guereña

Desde Orihuela, allá en tierras apacibles, en el remanso de la huerta, situada en la anchura pero no como Monóvar (para Azorín) "en la falda de dos colinas", se vino a Madrid Miguel Hernández, y en seguida, para Neruda, fue el poeta con "cara de patata". No sé si hubo en el acto algo así como un rebullir de trinos y el eco de desmayadas palmeras levantinas, pero sí cabe afirmar que en cuanto a sentimientos de amistad se alzaron alas de victoria, revoloteo primaveral y afirmación de corazones cordiales. A lo largo de su vida, nunca cesó Pablo Neruda de ser fiel y leal a esa trayectoria amistosa para con Miguel Hernández. Lo hermoso es la constancia, humana tensión que se reitera en un verso guilleniano: "Para el hombre es la hermosura". ¿Y qué mejor meta y qué mejor nido que el pecho miguelhernandiano, abierto de par en par a los ojos del mundo? Neruda y Hernández hermanándose en aunadas armonías, como en convergencia de aspiración honda y directa hacia la libertad. Con la poesía en la sangre. Como en un vibrante y preciso galopar de caballo verde para la poesía. El verde de la purísima hierba, que en su tierra le faltó a Miguel, y la fogosidad de cabalgadura que a Pablo lo empujaba. Hermosura de la poesía humana.

El camino natural para ir siguiendo ese itinerario amistoso es la lectura; con fácil situación gracias a las páginas de las memorias nerudianas, *Confieso que he vivido* (Seix Barral, 1974). Fue momento crucial para Miguel el año 1934, cuando quiso instalarse de modo definitivo en la capital española, cuando anduvo dando bandazos y conociendo a poetas y a gente del horizonte de las letras, cuando José Ma. de Cossío le confió, para ayudarlo, trabajos sobre tauromaquia para su futuro libro, el monumental *Los toros*, y Miguel acudía al Ateneo

de la calle del Prado en busca de datos y notas. Aquel año 1934, hermoso y terrible, con tantos regueros de sangre minera; aquel 1934 prometedor para la poesía, pues fue entonces cuando vino a España, a Barcelona concretamente, con destino en el Consulado de Chile, el autor del *Canto General*. Y fue en 1934 cuando Pablo Neruda se trasladó a Madrid, allí destinado. Y empezaron idas y vueltas en torno a la poesía y a las revistas poéticas. Había auge poético, en plenitud de inquietudes. ¿Quién no ha oído hablar de la Casa de las Flores, en Argüelles, y de las tertulias nerudianas? Allí Alberti y García Lorca y tantos otros. Y... ¿cómo surgió la silueta sencilla y campesina de Miguel Hernández? Escuchemos: "Uno de los amigos de Federico y Rafael lo era el joven poeta Miguel Hernández." Claro que era joven, tan sólo tenía 24 años. Impetuoso y callado, en dulce paradoja de existencia. "Yo lo conocí cuando llegaba de alpargatas y pantalón campesino de pana, desde sus tierras de Orihuela, en donde había sido pastor de cabras. Miguel era tan campesino que llevaba un aura de tierra en torno. Tenía cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea." Palabras que acogen misterios, que son ofrenda de luminosidad. ¿Qué necesitaba Miguel sino esa acogida hacia la interioridad? Necesitaba hombres hechos y derechos, hechos al quehacer de la poesía. Y libres. Una paisajística muy precisa era la suya: surcos y huertas, cabras y riscos, una sencillez dominante con ecuaciones de amor y de juventud. Miguel no cesaba de caminar y de hablar. Era ascua. Tenía un cuaderno con composiciones poéticas y las mostraba. Neruda las leyó. "Yo publiqué sus versos en mi revista *Caballo Verde* y me entusiasmaba el destello y el brío de su abundante poesía."

Eso fue ya en 1935, en octubre de 1935, cuando gracias al anhelo creador de la pareja formada por Concha Méndez y Manuel Altolaguirre, y en su imprenta de la madrileña calle de Viriato, salió a la calle el primer número de la revista, galopadora y verde, ansiosa de mutaciones en la motividad poemática. Miguel Hernández publicó en ese número uno su composición *Vecino de la muerte*, y tras soñar mucho en días de descanso en Orihuela, y con situación cotidiana en una casa muy modesta, la de su familia, en la calle Arriba, ya casi junto al Colegio de Santo Domingo, y en la modorra de las tardes embriagadoras de siesta y aletargada sensibilidad; por eso evoca Miguel que se trata de pobreza y sierra y pastoreo. Las estrofas inicial y última sirven de definición:

Patio de vecindad que nadie alquila  
igual que un pueblo de panales secos;  
pintadas con recuerdos y leche las paredes  
a mi ventana emiten silencios y antojos.

Haré un hoyo en el campo y esperaré a que venga  
la muerte en dirección a mi garganta  
con un cuerno, un tintero, un monaguillo  
y un collar de cencerros castrados en la lengua,  
para echarme puñados de mi especie.



Comezón de metáforas, las del paisaje conocido, y esos pañales secos, y esa garganta que ya estaba lista para aguardar al cuchillo homicida, y siempre la muerte, y sobre todo esa lengua que tiene cencerros castrados. El duro y cruel silencio de quienes no podían, de quienes no pueden... ¿No iba a sentirse emocionado Neruda ante tal latir de poesía, fresca como agua de manantial? Sin embargo algo exagera Neruda, o algo borrosa le quedaba la memoria al escribir (p. 164): "Vivía y escribía en mi casa. Mi poesía americana, con otros horizontes y llanuras, lo impresionó y lo fue cambiando." No es para tanto, no puede exagerarse. A Miguel le sirvió de aleccionante compañía la tertulia nerudiana, y su poesía se hizo en los yunques de aquella España, movida, nerviosa, intranquila, esperanzadora, y era toda la fuerza viva de la generación del 25-27 en su energía máxima y nueva, aunque (cabe reconocerlo) el poematizador nerudiano fue uno de sus exponentes más profundos y más significativos. Por aquel entonces, Miguel escribió, en acto de sentir y de afición, dos poemas: uno *Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda* y el otro *Relación que dedico a mi amiga Delia*, esta Delia que era la compañera de Neruda en su estancia madrileña. Pasta de arcilla y de sangre era Miguel, y sus versos acogían todo el contexto humano y sociológico de su tiempo, aquellos meses que tan intensamente se vivían y que a mí mismo me tocó vivir y ahondar pese a ser muchachillo. Acaso eso me permita acercarme más y más a la verdad creativa de aquella poesía.

Neruda escucha a Miguel: "Me contaba cuentos terribles de animales y pájaros. Era ese escritor salido de la naturaleza, como una piedra intacta, con virginidad selvática y arrolladora fuerza vital. Me narraba cuán impresionante era poner los oídos sobre el vientre de las cabras dormidas. Así se escuchaba el ruido de la leche que llegaba a las ubres, el rumor secreto que nadie ha podido escuchar sino aquel poeta de cabras." ¡Cuánta razón en las frases de Neruda! Los poetas, en Madrid, vivían en otro cosmos, muy humano y muy tenso, pero muy al margen de las maravillas constantes de la vida de la naturaleza, de las plantas y de los animales. Miguel no podía hablar de otra cosa, no era "universitario" y de educación refinada; tan sólo tenía ese recurso, mostrar sus amores, las cosas que conocía, las que son indispensables en una concepción del hombre en el mundo, y nadie, salvo él, allí las conocía. Así se subrayan en sus textos, con originalidad única. Y Miguel las gozaba así, era feliz y parecía un niño o un pájaro en los árboles. Lo que dice Neruda es absolutamente exacto: "Otras veces me hablaba del canto de los ruiseñores. El Levante español, de donde provenía, estaba cargado de naranjos en flor y de ruiseñores... el loco de Miguel quería darme la más viva expresión plástica de su poderío. Se encaramaba a un árbol de la calle, y desde las más altas ramas silbaba o trinaba como sus amados pájaros natales."

¿Cómo no recordar, aquí, poéticamente, la serie de silbos miguelhernandianos, ya escritos antes de 1934: "El silbo del dale", "El silbo de las ligaduras", "El silbo de la llaga perfecta", "El silbo del mal de ausencia" y el conocido "El silbo de afirmación en la aldea", cuando despoticaba contra Madrid y su ajetreo? Miguel tenía que escribir así, en alianza y armonía con las cosas de su vida. Las sentía hervir y hasta borbotear en sus venas; no quería —y no podía— eludirlas.

Neruda supo así mismo enjuiciar la valía de tal andadura humano-poética. Conviene indicar tres enfoques de aproximación en las frases nerudianas: el paisaje (los rasgos del campo levantino), el hombre (en retrato que muestra vida y fenomenología climática con huellas), y la poesía (con presencia ineludible y alta).

He aquí el texto correspondiente: "El recuerdo de Miguel Hernández no puede escapárseme de las raíces del corazón. El canto de los ruiseñores levantinos, sus torres de sonido erigidas entre la oscuridad y los azahares, eran para él presencia obsesiva, y eran parte del material de su sangre, de su poesía terrenal y silvestre en la que se juntaban todos los excesos del color, del perfume y de la voz del Levante español, con la abundancia y la fragancia de una poderosa y masculina juventud.

"Su rostro era el rostro de España. Cortado por la luz, arrugado como una sementera, con algo rotundo de pan y de tierra. Sus ojos quemantes, ardiente dentro de esa superficie quemada y endurecida al viento, eran dos rayos de fuerza y de ternura.

"Los elementos mismos de la poesía los vi salir de sus palabras, pero alterados ahora por una nueva magnitud, por un resplandor salvaje, por el milagro de la sangre vieja transformada en un hijo. En mis años de poeta, y de poeta errante, puedo afirmarlo, la vida no me había dado antes contemplar un fenómeno igual de vocación y de eléctrica sabiduría verbal."

Ya está, ya tenemos, en su estructura completa, lo que era —y sigue siendo— Miguel Hernández. Por obra y gracia de la amistad y de la lucidez. Una vida quebrada, una poesía destrozada. Aunque todos sabemos que era imposible callarla y enmudecerla. Porque, al igual que el rayo, avanza y no cesa, penetra hasta el tuétano, se incrusta en nosotros y nos hace partícipes de sus aventuras, odiseas y descubrimientos. Esto es, nos lleva hacia el amor y el dolor, no permite que descansemos. No hay pausas en la poesía miguelhernandiana, siempre malherida. La residencia es la tierra, se reside en la tierra, y el viaje es tajantemente terrestre. Aunque con golondrinas de esperanza que revolotean igual que las campanas voltean, en una comarca de ansias al luto sometidas la mayoría de las veces. Para Neruda, era Miguel en el corazón, lo mismo que España. Epicentro de sentimientos, aquel "Miguel de España, estrella de tierras arrasadas". Así se dice en "los ríos del canto", en las estrofas urgentes y hermosas del **Canto General**, y ahí se reitera en magnificencia de la memoria y del afecto, insoslayablemente:

Llegaste a mí directamente del Levante. Me traías, pastor de cabras, tu inocencia arrugada, la escolástica de viejas páginas, un olor a Fray Luis, a azahares, al estíercol quemado sobre los montes, y en tu máscara la esperanza cereal de la avena segada y una miel que media la tierra con tus ojos.

Ya sabes, hijo mío, cuánto no pude hacer, ya sabes que para mí, de toda la poesía, tú eras el fuego azul. Hoy sobre la tierra pongo mi rostro y te escucho, te escucho, sangre, música, panal agonizante.

Pablo Neruda imita a Miguel Hernández; si éste escuchaba el vientre de las cabras y se adentraba en los latidos de la leche de las ubres, aquél se ponía emocionado y hasta lloraba para recoger el fluir del cuerpo, para escuchar la vida del poeta muerto, uniendo en un panal de agonía a las cuatro sempiternas estaciones del hombre en su residencia en la tierra, con palabras de amor y una canción, así mismo permanente de cruel desesperación.

En su *Viaje al corazón de Quevedo*, vuelve Neruda a recordar con luz de claridad lo que tanto lo unió a Miguel, sus caminos de tormento y de esperanza; leamos: "Miguel Hernández, poeta de abundancia increíble, de fuerza celestial, genial, era el corazón heredero de esos dos ríos de hierro: la tradición y la revolución." Y era imprescindible que surgiese el calificativo que a Miguel le conviene, lo de genial. Un río inmenso, un barranco hondo, una montaña altísima. Siempre en él la trilogía, la de amor, vida y muerte. Heridas, cicatrices, recuerdos... Y Pablo Neruda sigue escuchando el fluir de los años y la inspiración de la poesía. En *Las uvas y el viento*, dentro de sus *Obras Completas*, Pablo escribe *El pastor perdido*, otro poema del largo recorrido hacia lo miguelhernandiano:

El era  
fortaleza  
de cantos y estampidos,  
fue como un panadero:  
con sus manos hacía  
sus sonetos.  
Toda su poesía  
tiene tierra porosa,  
cereales, arena,  
barro y viento,  
tiene forma  
de jarra levantina,  
de cadera colmada,  
de barriga de abeja,  
tiene olor  
a trébol con la lluvia,  
a ceniza amaranto,  
a humo de estíercol, tarde  
en las colinas.  
Su poesía  
es maíz agrupado  
en un racimo de oro.

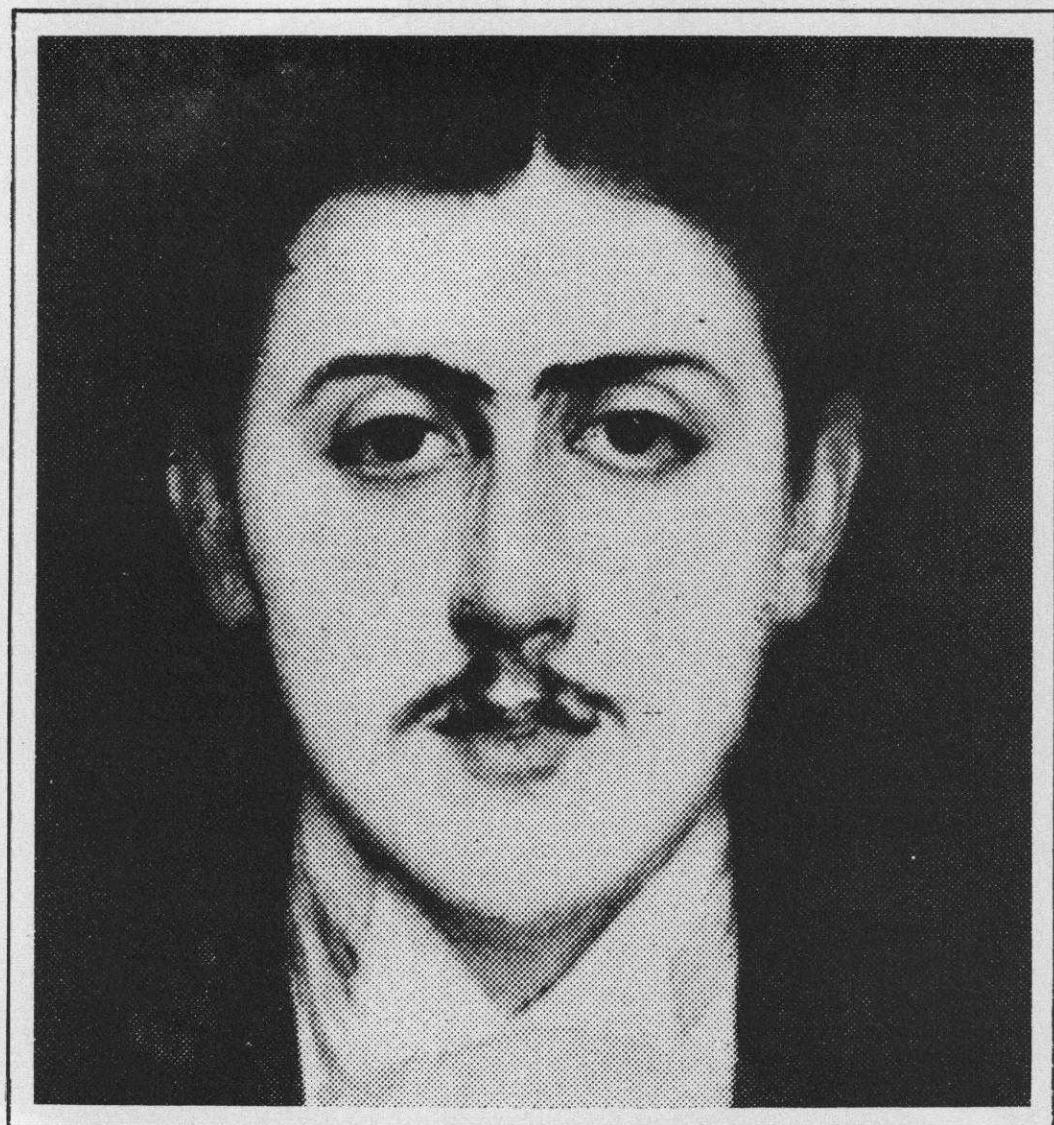
Poemas... caminos... un lento caminar. ¿Puede detenerse el poeta de Chile en su homenaje al poeta de España? Resulta imposible, dadas las desembocaduras de sus respectivas poesías en el ancho mar de la libertad y de la solidaridad, como ríos que van a dar en el mapa social de los pueblos. Un río y casi en comunidad de riada. Para arrastrar escorias y lavas, o sea, decantándose, purificándose. Un río de sangre poética, entre orillas que "tienen tierra porosa". O sea, la comunicabilidad de hombre a hombre, de pueblo a pueblo, de libertad a libertad. Nunca cesó Neruda de recordar a Miguel. Con su calor de volcán de América, con lazos de intensísimas barranqueras interiores de soledad. Conociéndose, iluminándose. No puedo borrar del panorama nerudiano lo que escribió durante su estancia en Francia, en una de sus acendradas construcciones de sinceridad; lo copio: "Recordar a Miguel Hernández, que desapareció en la oscuridad, y recordarlo a plena luz, es un deber de España, un deber de amor. Pocos poetas tan generosos y tan luminosos como el muchachón de Orihuela, cuya estatua se levantará algún día entre los azahares de su dormida tierra. No tenía Miguel la luz cenital del Sur como los poetas rectilíneos de Andalucía, sino una luz de tierra, de mañana pedregosa, luz espesa de panal despertando. Con esta materia dura como el oro, viva como la sangre, trazó su poesía dura... Muchas cosas he dicho sobre Miguel en mi poesía: que este nuevo recuerdo en esta fecha de vida y muerte memorable, sea una línea más de la carta que le escribo, como si no hubiera pasado nada, como si aún estuviera en alguna parte, cantando, silbando y riendo. Líneas de una carta interminable que seguiré escribiéndole hasta que su canto me responda, nos responda, luminoso y victorioso" (dado en *Triunfo*, No. del 6-octubre-1973). Pablo Neruda emplea y reemplaza el vocablo "panal" y lo ve en encaminamiento paralelo junto a Miguel Hernández, y a veces es "panal despertando" y otras veces es "panal agonizante". Miguel, con su "luz de tierra", una luz también porosa, para que se pueda respirar. Hay mucha respiración en ambas poesías, y eso lo sentían Neruda y Miguel. Se plasma el eco nerudiano en testimonio, como conocimiento de fuego. Para arder ante la estatua miguelhernandiana que en nosotros se levanta y que, no cabe duda, algún día se levantará en su tierra, y no dormida sino ávidamente despierta. Palabras de una conversación inagotable, memoración que se va escribiendo en una carta interminable, y es que, también lo dijo Neruda: "El poeta debe ser, parcialmente, el cronista de su época". Con puro destello. Sin espejismo. Siendo. Existiendo. Poetizando y sin saberlo. La razón y la ilusión de la autenticidad.

Toulon, Francia, marzo, 1975.

JAIME TORRES BODET  
Y  
MARCEL PROUST



Joaquim Montezuma de Carvalho



Una de las personalidades más ricas del México de este siglo es la de Jaime Torres Bodet. Hace recordar mucho la inquietud cosmopolita de un Alfonso Reyes.

Al propósito, cabe decir que cuando se habla de cosmopolitismo, se presenta pronto, asociada, la desventaja peyorativa de que se juzga al cosmopolitismo como una especie de antinacionalismo, como si fuera imposible conciliar el amor al mundo y su cultura polifacética, con el amor monológico a la tierra en que se nació.

El caso de Torres Bodet desmiente tal aparente rivalidad. Aquél es mexicano hasta los huesos, y su espíritu internacional o universal, fijándose en las patrias de las culturas alienígenas, donde verdaderamente valga la pena fijarse. Nunca al modo diletante, sino investigador y asimilador. He aquí lo que siempre me atrajo en este mexicano, nacido en 1902, un año después que José Régio. Su talento se parece mucho al de Régio, en el sentido de que armoniza a la poesía con el espíritu crítico, al ensayismo con la novela. Un raro conjunto de creatividad y meditación. A la búsqueda del arte. A la búsqueda permanente de lo humano. Torres Bodet se definió en su libro *Tiempo de arena*, de autobiografía: "Entre los caprichos del arte por el arte y los decretos para el arte impuesto por la autoridad del Estado o por los imperativos políticos o económicos del llamado éxito comercial, el escritor que se estima a sí mismo debe comprender que en los dos extremos existe peligro, y que así como una literatura sin coherencia técnica rara vez se salva del menoscabo de los mejores, una literatura sin coherencia ética y sin fe en la dignidad humana desaparece, casi siempre, en los diletantes que se divierten en aplaudirla." Estas mismas palabras las podrá suscribir un Régio, tan artista y tan humano. Este y el mexicano son hombres, aunque separados por mares y montañas, de la misma generación espiritual y del mismo tiempo. De ahí que sean también hombres que, en su temprana y fértil mocedad, despertaran con vista a la riqueza artística e íntima de Proust.

Torres Bodet nos revela, en *Tiempo de Arena*, cómo descubrió a Proust y cómo le cobró afecto. Era un joven. A los diecisiete años se inició en las letras con *Fervor*, un libro de poesías, al que siguieron muchos otros también de poemas. Hay incluso quien considera —Rafael Solana, por ejemplo— que Torres Bodet es esencialmente un poeta.

También Régio descubrió pronto a Proust y, en 1927, le dedicó un estudio crítico, perfectísimo, aunque breve. La técnica de Proust influyó en el análisis interior de Régio, en la misma forma que es decisiva para el sondeo introspectivo de Bodet. Es una actitud que los acompañará durante su vida. En el portugués ello es algo bien evidente en la serie novelesca *A Velha Casa*, en cuatro tomos. En Proust se inauguran procesos, asimilados pronto, en forma prodigiosa, por el escritor lusitano más fino de todos los nacidos en este siglo, y también ricamente adoptados por el mexicano, hermano en edad y en ideales. Bastaría Proust para

identificar a la generación lusitana de Presença, con la de *Contemporáneos de México*, a la que pertenece Torres Bodet, siendo su figura principal. Existen muchas otras coincidencias de las que no me ocuparé ahora.

En 1967, Torres Bodet publicó el ensayo crítico *Tiempo y memoria en la obra de Proust* (168 pgs., ed. Porrúa, México, D. F.). Ahí desarrolla una idea magna, ya expresada en *Tiempo de Arena*: lo que Proust más se empeña en hacernos ver no es el precio de la memoria, sino el valor del olvido, como forma de embalsamiento del pasado y como muralla de protección para defender el recuerdo de la acción deformadora de la memoria imaginativa.

Algo de que nos había advertido también una Carmen Castro, en la página 106 de su ensayo *Marcel Proust o el vivir escribiendo* con la diferenciación entre memorias voluntaria e involuntaria. Sólo la memoria involuntaria reviste el poder mágico de despertar de un golpe, a través de una imagen, sensación, idea presente, todo un pasado adormecido. De ahí su alto valor creador y artístico. El arte, en gran parte, es "involuntariedad". ¡Cuántas veces le oí decir esto a Régio! En la misma forma, otro mexicano, Octavio Paz, insiste, a través de la concepción estructuralista, en que "los escritores deben ser modestos porque no son ellos, sino el lenguaje —esa memoria involuntaria de Proust!— el que habla en sus obras. El lenguaje es la sociedad: los hombres". En suma, ¡la idea de que lo inconsciente es racional!

Torres Bodet viajó como diplomático por Europa, en 1929. Conoció e hizo amistad con Jules Supervielle, tan maravillosamente estudiado y traducido por Adolfo Casares Monteiro, el "presencista" que vive ahora en Araraquara, en el inmenso Brasil, y a Valery Larbaud, Jean Cocteau y Giraudoux. En Madrid intimó con Pedro Salinas, el traductor de toda la obra de Proust, con Federico García Lorca (hay una foto de Bodet junto a Lorca en las *Obras Completas* de éste, editadas por Aguilar) y con Benjamín Jarnés. Lástima que en aquel entonces no hubiera dado un salto a Coimbra. Convivió en una órbita de escritores y amigos "proustianos".

Siempre me atrajeron las personalidades que hacen literatura y son hombres de acción, como los místicos y los seguidores del "blondelismo". Este Torres Bodet es impresionante en este aspecto. Una vida pública intensa. La revolución mexicana, la de Zapata y Pancho Villa, apenas comenzó con estos héroes. Quienes la completaron, desde la banca ministerial, fueron un José Vasconcelos y un Jaime Torres Bodet. Sobre todo, Bodet, dos veces ministro de educación y una ministra de relaciones exteriores. Siempre pedagogo e idealista. México subió de nivel intelectual con su acción en educación. La llamada "revolución silenciosa". Y más tarde, la dirección inicial de ese caleidoscopio, la UNESCO. Precisamente estoy escribiendo estas líneas cuando recibo su libro de memorias políticas sobre su acción en la UNESCO, con el subtítulo, tan significativo, de *El desierto internacional*.

Es extraordinario cómo un proustiano de índole se



ha mantenido en la acción pública y haya dedicado una vida entera al servicio de su patria. En Portugal, decirse proustiano equivale a decirse desenraizado, desligado de su ombligo y otras lindezas con las que la ceguera de la generación neorrealista señaló a su predecesora, la de la Presencia.

Sí; Torres Bodet es un proustiano de índole. En su citado libro de memorias, *Tiempo de Arena*, hace esta confesión sobre el signo de Proust: "Todo mi esfuerzo de hombre de letras ha consistido, también, en llegar al reverso de los asuntos por aproximaciones imperceptibles, como si el conocimiento de las cosas fuese tan sólo el papel opaco bajo el cual yace —cifrada para los otros— una calcomanía reveladora para mí." Nótese esa frase tan proustiana de "aproximaciones imperceptibles". Y también es proustiano quien tiene una conciencia unitaria del saber humano: "Ciencias, filosofía, arte y literatura no son rivales, sino, al contrario, aliados inseparables." Un pensamiento que los "presencistas" lusitanos procurarán seguir, a través de muchas y muy variadas lecturas, siempre impacientes por saber más. Un pensamiento que el mexicano, hermano de ellos, ejemplificará con su amor a la belleza y su intuición para llegar a la verdad. La verdad de su acción política y social polifacética. La belleza de sus innumerables libros de poesía y novela. También la belleza, la emocionante estructuración de sus ensayos —vastos libros— sobre figuras como Stendhal, Dostoevsky, Benito Pérez Galdós, Balzac, inventores de la realidad.

El argentino Alfredo A. Roggiano, profesor en la Universidad de Pittsburgh, en una obra suya sobre Torres Bodet, escribe: "Se ha hablado de sus medios tonos, y hasta se ha traído a colación el consejo verlainista: *pas de la couleur, tout de la nuance*." En ese punto debería citarse más a Proust que a Verlaine. Los medios tonos, los matices, las "aproximaciones imperceptibles", pertenecen de preferencia a Marcel Proust. Esta delicadeza la bebió Torres Bodet en las páginas del franco-judío, cuyo mérito principal, en opinión del mexicano, está en la "dificultad de entregarse". A propósito, recuerda: "En los personajes de su relato, el amor pocas veces procede de la simpatía inmediata a un brusco encuentro. Al contrario, la pasión va formándose a pasos ciertos, merced a una serie de "matices indiscernibles" y de diferencias inexpresables, entre las que ocupan los celos término principal."

El México de las revoluciones, del "machismo" brutal, de la crueldad ancestral, parece no armonizar con la nobleza de hombres como Jaime Torres Bodet. Muchos dirán: "¡No nos interesan esas delicadezas de importación!" ¡Qué mayor ignorancia de lo que es también mexicano! Hace cuatrocientos cincuenta y cuatro años, Hernán Cortés llegó a México y venció a Moctezuma. El español vio los mercados al borde de los lagos, las pirámides, las comidas raras, los trajes no vulgares. Pero no los poemas, los libros sagrados de la religión, mundos de oculta melodía, de suavidad y sensibilidad. ¡Es posible que el manido machismo, lo que fue allí la revolución, no pase de ser producto del desconocimiento de

afuera! En lo lejano lo mexicano tal vez era suave, poético, delicado. ¿Por qué se fijó la retina ibérica sólo en los sacrificios humanos y las pirámides sangrientas? México no era sólo eso. Las "cosas de maravilla" para recordar a Amadís de Gaula, que extasiaron a Bernal Díaz del Castillo, iban más lejos. Atravesaban el alma. Estar oculto no quiere decir inexistencia.

El proustianismo de un Torres Bodet no es sólo producto del cosmopolitismo. Es una carga que procede de remotos tiempos precolombinos. Una delicadeza de siglos. En nuestro tiempo se profundizó en el mexicano Bodet. Se sincronizó con la obra del torturado Marcel Proust. Pero la tendencia existía, Existía el significado. Ahora tiene también lo significativo. Los "mexicas" sintieron la muerte como pocos pueblos. Así pues, sus descendientes estaban predisuestos para acoger bien a la "moribundería" de Proust... La aspiración a la eternidad está siempre aliada a la cogitación de la muerte. Dos cosas ante las que nada pueden las revoluciones ni el machismo...

El 1971 quedó grabado como el año de Proust. No sólo en Francia. También es el año de Proust en Portugal, España, Brasil, Argentina, México. Un Proust que resucitó en la sangre y el fervor de otras generaciones.